



V

Las reglas de vida

TOMÉ una hoja de papel y ante todo quise señalar la lista de mis deberes y de mis ocupaciones para el año próximo. Quise rayar el papel, mas como no tenía regla, me serví del diccionario latín, y apoyando la pluma á lo largo del lomo del libro acabé pronto; resultó que en el trazado de una línea eché sobre el papel una gran mancha de tinta, y por otra parte el diccionario era menos largo que el papel y la línea se torció en el ángulo flexible del volumen. Tomé otra hoja de papel y cambiando de lado el diccionario, lo rayé bastante bien. Dividí mis deberes en tres grupos; los deberes para mí mismo, los deberes para con el prójimo, y los deberes para con Dios. Empecé por escribir los primeros, mas eran tan numerosos y se subdividían en tantas categorías que tuve desde luego que escribir: «Reglas de vida» y enseguida poner mi lista. Tomé seis hojas de papel, hice un cuaderno y escribí encima «Reglas de vida». Estas palabras me salieron tan irregulares que yo me pregunté largo tiempo si debía escribirlas de nuevo, contemplando la lista, echada casi á perder. En mi alma todo es bello y puro; por qué se vuelve feo sobre el papel y en general en la vida, cuando quiero realizar alguna de las cosas que pienso?...



TOLSTOI — LÁM. VII

—Ha llegado el confesor, queréis bajar á oír las oraciones?— me anunció Nikolai.

Escondí el cuaderno en la mesa, dirigí una mirada al espejo, alisé mis cabellos, que, según mi parecer, me daban un aire pensativo, bajé al salón, en donde había sobre la mesa una imagen de Dios y bujías encendidas. Al mismo tiempo que yo, papá entró por la otra puerta. El confesor, un viejo religioso con cabellos blancos y la mirada severa, bendijo á papá, papá besó su mano estrecha, larga y seca; yo hice lo mismo.

—Llama á Volodia—dijo papá.—En dónde está?... Ah! está en la Universidad que se prepara para la comunión.

—Trabaja con el príncipe,—dijo Katenka mirando á Lubotchka. Lubotchka se sonrojó, refunfuñó y pretextando algún quehacer salió del cuarto. La seguí. Se detuvo en el salón y con lápiz escribió algo sobre un papel.

—Qué, has hecho un nuevo pecado?—le pregunté.

—No, no es nada,—respondió sonrojándose.

En este momento, oí en la antecámara la voz de Dmitri que decía adiós á Volodia.

—Ea, para tí todo es tentación—dijo Katenka entrando en el cuarto y dirigiéndose á Lubotchka.

No pude comprender lo que pasó con mi hermana; estaba confundida, las lágrimas se desprendían de sus ojos, y llegando su confusión al extremo se transformó en despecho contra ella misma y contra Katenka que evidentemente la molestaba.

—Se vé bien que tú eres una *extraña*—nada hería más fuerte á Katenka que esta palabra y fué principalmente con esta intención que la usó Lubotchka;—ante ese sacramento—continuó en el colmo del enojo—me turbas expresamente... y debes comprender que esto está muy lejos de ser una broma.

—Sabes tú, Nikolenka, lo que ha escrito?—repuso Katenka, ofendida de oírse llamar *extraña*;—pues ha escrito...

—No te habría creído jamás tan mala!—exclamó Lubotchka confundida y dejándonos.—En tal momento y exprofeso, inducirme á pecar!... Yo no te molesto en tus sentimientos ni en tus angustias.





VI

La confesión

DISTRAÍDO por estas cuestiones y otras del mismo género, volví al salón cuando estaban ya todos reunidos, y el confesor, de pie junto al improvisado altar, se disponía á leer las plegarias que preceden á la confesión.

Pero en el momento en que, en medio del general silencio, resonó la voz expresiva y severa del monje leyendo los rezos y sobre todo cuando, dirigiéndose á nosotros especialmente, pronunció aquellas palabras: «Confesad todos vuestros pecados con entera franqueza, sin disimulos, sin procurar justificarlos, y vuestra alma se hará pura delante de Dios; pero si dejáis algo por confesar habréis cometido un gran pecado», reapareció en mí el sentimiento de respetuoso temor que había sentido ya por la mañana al pensar en el augustísimo sacramento que iba á recibir. Sentí hasta una especie de placer al tener conciencia de ese estado, y me esforcé en acentuarlo aun más, parando el vuelo de cuantas ideas se me acudían y esforzándome en sentir miedo hacia alguna cosa... que no sabía bien lo que era.

Papá fué el primero que se confesó. Permaneció largo tiempo en la estancia de nuestra difunta abuela, que sirvió de confesionario, y mientras en el salón aguardábamos nuestro turno estuvimos siempre callados, ó discutimos si acaso en voz muy baja á cuál de nosotros le tocaba pasar primero. Por último, se oyó la voz del

sacerdote leyendo sus plegarias y los pasos de papá saliendo de la estancia. Rechinó la puerta y apareció en el dintel papá, tosiendo y sin mirar cara á cara á ninguno de nosotros.

—Anda! entra tú ahora, Lubotchka, y pon mucho cuidado en decirlo todo... todo, pues ya sé yo que eres una gran pecadora,—hizo papá alegremente pellizcándole la mejilla.

Lubotchka palideció y se ruborizó luego, sacó el papel que tenía escrito, lo miró, lo volvió al bolsillo y hundiendo entre los hombros la cabeza, como temiendo que le viniese de arriba algún gran golpe, franqueó temerosa la puerta. No estuvo dentro mucho tiempo, y cuando salió se le conocía que había llorado.

Por fin, y después de la hermosa Katenka, que entró á confesarse con la sonrisa en los labios, me llegó mi turno. Con aquel mismo miedo interno, no sabía de qué, y con el deseo de aumentarlo aun más en mí penetré en la estancia, que estaba iluminada á medias. El confesor se

hallaba de pie delante de la mesa-escritorio, y al oirme entrar volvió con lentitud su rostro hacia mí.

No estuve ciertamente más de cinco minutos en la estancia, y salí de ella enteramente feliz, y, según mis convicciones de entonces, del todo purificado, transformado moralmente en un hombre nuevo. Aunque me impresionaba desagradablemente toparme con las mismas y antiguas formas de vida, aunque me chocaba no poco ver iguales las mismas habitaciones y los mismos muebles, como era también la misma todavía mi propia figura—que yo hubiese querido ver cambiada, como había cambiado mi alma,—lo cierto es que pude conservar aquella especie de tranquilidad de espíritu hasta el momento de meterme en la cama.

Me dormí haciendo nuevamente memoria de todos los pecados de que me había purificado por medio de la confesión, cuando de pronto me acordé de un pecado realmente vergonzoso que no había dicho al confesor... y las palabras de la plegaria que precedió á la confesión resurgieron en mi espíritu y largo tiempo resona-



ron como una terrible acusación en mis oídos. Toda mi tranquilidad desapareció de pronto... «y si dejáis algo por confesar habréis cometido un gran pecado...» Me ví entonces tan despreciable pecador que no había castigo suficiente para mí. Largo tiempo me pasé revolviéndome de un lado á otro en la cama, reflexionando sobre mi situación y aguardando de un momento á otro el castigo de Dios y aún la muerte súbita, lo cual me causaba un espanto indecible. Pero en aquel mismo punto vínome una idea luminosa; apenas se hiciese de día, á pie ó en coche, me dirigiría al convento, pediría al propio confesor y me confesaría de nuevo... Esta idea me dejó enteramente tranquilo, y me dormí.



VII

La ida al convento

DURANTE la noche me desperté varias veces con el temor de que se me pasase la hora, y no eran las seis de la mañana que yo estaba ya de pie. Por las rendijas de la ventana penetraban apenas las primeras luces del alba. Me vestí sin cepillar la ropa y me calcé las botas llenas de barro, pues Nikolai no había aun tenido tiempo de hacer la limpieza de todos los días, y sin rezar siquiera mis plegarias de la mañana y aún sin lavarme, por la primera vez en mi vida, salí solo á la calle.

Enfrente, por encima de los techos de la gran casa señorial, la fría aurora pintaba de color de rosa el brumoso cielo. Una fuerte helada, cómo de mañana muy fría de primavera, endurecía el lodo de la calle, los arroyuelos crugían bajo mis pisadas y el aire heladísimo me picaba el rostro y las manos. No hallé en toda nuestra calle ni un cochero, y yo había pensado tomar un coche para estar más pronto de vuelta; tan sólo se veía alguna que otra carreta, y dos obreros albañiles pasaban casi corriendo

